

Elementos identitarios de la violencia política internacional: análisis comparado de los Tupamaros y de las Brigadas Rojas (1963-1980)*

Identity elements of international political violence: a comparative analysis of the Tupamaro Movement and the Red Brigades (1963-1980)

José Manuel Azcona**
Matteo Re***

Resumo: Neste artigo analisa-se a influência que teve o Movimento de Libertação Nacional – Tupamaros durante o nascimento e o posterior desenvolvimento das Brigadas Vermelhas italianas. Foram os próprios brigadistas que, em numerosos comunicados, outorgaram aos Tupamaros o papel de inspiradores das suas ações. A maneira de atuar dos dois, ver-se-á, coincidiu em muitos casos; destaca-se também os diferentes âmbitos em que se formaram e atuaram.

Palavras-chave: América Latina. Guerrilha. Terrorismo.

Abstract: This paper analyzes the influence of the Tupamaros – National Liberation Movement as regards the birth and later development of the Italian Red Brigades. In several of their statements, the Red Brigades themselves revealed that their actions had been inspired by the Tupamaros. In many cases, as will be seen for both groups, similarities exist with respect to the manner in which operations were carried out, even though the different spheres in which their formation and operations took place will also have to be examined.

Keywords: Latin America. Guerrilla. Terrorism.

* Proyecto de investigación financiado por la Cátedra PRESDEIA-URJC.

** Universidad Rey Juan Carlos. Profesor Titular. <josemanuel.azcona@urjc.es>.

*** Universidad Rey Juan Carlos. Profesor Titular Interino. <matteo.re@urjc.es>.

Proximidad temporal

En cada campo del saber, muchos tipos de comparaciones resultan a veces inconvenientes o poco pertinentes, y a menudo, se corre el riesgo de caer en análisis forzados, poco fieles a la realidad. Otras veces, sin embargo, es necesario crear vínculos entre las categorías concordantes para ser capaces de analizar los puntos en común que podrían dar un impulso a futuros estudios. En este caso, es interesante analizar la violencia política en dos países tan diferentes, sea por el período histórico que estaban viviendo o por su condición socio-económica, pero que vivían al mismo tiempo una situación única de lucha armada. Los países en cuestión son el Uruguay del período 1963-1973 (antes de la dictadura de Bordaberry) e Italia de los años setenta/ochenta, los denominados años de plomo.

El objetivo de este trabajo es comparar las acciones perpetradas por los Tupamaros y las Brigadas Rojas, analizar los puntos en común que tenían estos dos grupos desde un punto de vista de la praxis organizativa y también de la formación ideológica.

La propia experiencia de la primera organización armada latinoamericana en dedicarse a la guerrilla metropolitana abandonando la tradicional guerrilla rural, influenció, sin lugar a dudas, a grupos terroristas europeos nacidos en los años sesenta y especialmente en los años setenta. En el caso italiano, fueron muchas las referencias de las Brigadas Rojas a los Tupamaros, elogiando la innovadora práctica de lucha en la metrópoli, la táctica de propaganda violenta y el deseo de crear un partido armado. Estas referencias por parte de las Brigadas Rojas se produjeron desde la época de Izquierda Proletaria, momento que precede el nacimiento de la banda¹, y siguieron hasta la segunda resolución de la Dirección Estratégica brigadista en noviembre de 1975.

Antes de entrar en el estudio comparado de estas dos organizaciones, vale la pena reflexionar brevemente sobre el diferente desarrollo que éstas tuvieron en los últimos años hasta la actualidad. Las Brigadas Rojas desaparecieron en 1988² con la intensificación de las detenciones de sus militantes, las traiciones de algunos de sus miembros y una gran crisis interna que llevó a que el grupo se desmembrara; los Tupamaros, en cambio, avanzaron hacia una conciliación democrática.

¹ Véase el número de *Sinistra Proletaria* del verano de 1970 en el cual se dedica un amplio espacio a los Tupamaros, (AFG).

² En dos ocasiones (en 1999 y en 2002) un grupo terrorista que la prensa italiana definió como Nuevas Brigadas Rojas volvió a asesinar.

Pasaron, en palabras de Gerardo Tagliaferro, “de las armas a las urnas”. Una de las imágenes más emblemáticas de la historia reciente de Uruguay es la del juramento a la Constitución por el ex guerrillero tupamaro José (Pepe) Mujica el 15 de febrero de 2005, día de su nombramiento como Presidente de la Asamblea Nacional. Así, como subraya el politólogo Adolfo Garcé, “en términos de posiciones políticas es difícil concebir un cambio más radical que el experimentado por el MLN-T a lo largo de sus cuatro décadas de vida” (Garcé, 2009, p. 18).

Dos grupos armados, por tanto, dos destinos diferentes. Los Tupamaros en el período dictatorial cesaron su actividad guerrillera puesto que se encontraban en prisión o habían huido al extranjero. Una vez que cayó la dictadura y los guerrilleros fueron amnistiados, la organización se recompactó (no sin problemas) y decidió, tras una serie de intensos debates internos, abandonar para siempre la “guerra de guerrillas” y emprender el camino hacia una política legal, no violenta.

En Italia, el paso de un partido armado a otro partido tradicional habría sido imposible para las Brigadas Rojas, ya que no tenían un brazo político, sino simplemente el militar. Los grupos extra-parlamentarios, entre los que había una franja de militantes radicales que simpatizaba con las Brigadas Rojas, fueron de corta duración y nunca se declararon dispuestos a representar a la banda terrorista.

De la guerrilla rural a la lucha metropolitana

Los años cincuenta y sesenta fueron para Sudamérica una época caracterizada por el surgimiento de las dictaduras y la sucesión de las luchas revolucionarias. En una situación de confusión generalizada, Uruguay era probablemente el Estado económicamente más avanzado de la zona y más tranquilo institucionalmente. Sin embargo, ya no era la “Suiza de América Latina”, tal y como se definía desde principio del siglo XX. La prosperidad económica del pasado empezó a decaer a partir de 1955; al principio lentamente, luego cada vez más rápido. La inflación creció enormemente: en 1956 fue del 6%, dos años más tarde se incrementó ya en un 20%, en el año 1963 se situó en un 44%, mientras que en 1967 había llegado al 136%.

En cuanto a la economía uruguaya, su inclusión en el área de influencia de EE.UU., evidente ya desde 1941, no trajo los beneficios esperados, dado que la mayor parte de los productos que allí se elaboraban y exportaban eran en competencia directa con los productos de Washington (Jacob, 1981, p. 72).

El 30 de noviembre de 1958, la población uruguaya fue llamada a votar y los resultados electorales, con la victoria del *Partido Nacional* (repetida en 1962), después de muchos años de éxitos del *Partido Colorado*, dio inicio a la alternancia de partidos en el poder que es la base de cualquier democracia. Uruguay era un país claramente bipolar en el que los partidos tradicionales obtenían un promedio del 90% de los votos. El resto se lo repartían Unión Cívica, el Partido Comunista y el Partido Socialista. La izquierda y la extrema izquierda en esos años vivieron un período negativo caracterizado por fuertes derrotas electorales³, así como una serie de fragmentaciones internas provocadas por una base cada vez más hostil y feroz que surgía tras el éxito de la revolución cubana. En realidad, el mismo Che Guevara, ya en 1961, en un famoso discurso a los estudiantes de la Universidad de la República, en Montevideo, fue muy claro al desalentar a las posibles guerrillas de extrema izquierda uruguayas de tomar un camino armado.

A pesar de la advertencia del mayor guerrillero latinoamericano, un grupo de militantes extremistas desilusionados por los partidos de la izquierda más radical decidieron aventurarse en la lucha armada formando el llamado *Movimiento de Liberación Nacional (MLN)-Tupamaros*. Que el período no fuera el más conveniente y que la sociedad uruguaya no estuviera para nada preparada, ni mucho menos dispuesta, a una guerrilla lo testimonian, entre otras cosas, los factores de estabilidad que la cada vez más amplia clase media de este país había obtenido y que difícilmente quería perder (Sanguinetti, 2008, p. 31). Además, como señaló Alfonso Lessa, “los únicos grupos armados triunfantes en la América Latina del siglo XX fueron rurales y tuvieron como escenario países con regímenes dictatoriales, exclusión política y/o marcada exclusión social” (Lessa, 2005, p. 42).

De hecho, además del ya destacado concepto de una situación socio-política al menos diferente del resto de los estados latinoamericanos, es preciso subrayar el hecho de que en Uruguay, la guerrilla no fue rural, sino ciudadana, metropolitana. O por lo menos fue en un principio rural, pero luego se trasladó a la capital. El ex-tupamaro Mauricio Rosencof, en una entrevista con Clara Aldrighi, admitió “la importancia fundamental de la lucha de los cañeros” (Aldrighi, 2009, p. 32). Efectivamente, todo empezó así, en la región de Artigas, un área rural al norte del país. Al inicio de los años sesenta, los trabajadores

³ El PCU en las elecciones de 1954, 1958 y 1962 no llegó jamás al 3,5% de los votos; el PSU obtuvo el 3,52% en 1958 para después caer al 2,30% en 1962.

de la caña de azúcar, obligados a vivir en condiciones infrahumanas, se unieron en grandes grupos de protesta y organizaron marchas que recorrieron todo el país, durante las cuales la población local informaba sobre su situación (Rosencof, 1969). El personaje más destacado de las manifestaciones fue Raúl Sendic, que será pronto uno de los militantes más representativos de los Tupamaros. Los grupos de apoyo a los *cañeros* se unieron en un organismo llamado *Coordinador*. La primera acción del *Coordinador* se llevó a cabo el 31 de julio 1963, cuando un grupo de rebeldes robó las armas del Tiro Suizo de Nueva Helvecia en el Estado de Colonia. La operación fue un absoluto fracaso. Durante la huida uno de los furgones volcó, la policía logró recuperar todas las armas y arrestar a la mayoría de los autores del robo.

Esta organización se mantuvo activa unos pocos meses. En 1965 los militantes más radicales del ya disuelto *Coordinador* se reunieron en el balneario Parque del Plata dieron vida al *Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros* (Rey Tristán, 2005, p. 105). Todo apuntaba a que la lucha tenía que ser urbana y no rural. Así se decía en el primer comunicado de la organización, una vez que se formó en 1966:

No existen en el país lugares geográficos inexpugnables o con características que posibiliten la instalación de un foco guerrillero rural que perdure.

Existe una ciudad de 300 kilómetros cuadrados de edificación que concentra más del 70% de los capitales, las comunicaciones y transportes y más de la mitad de la población del país. La población del país es un 64% urbana, de la cual un 65% vive en Montevideo y zonas cercanas⁴.

Tras unas encendidas discusiones se llegó a la conclusión de que la lucha tenía que ser urbana. Y así fue.

Uno de los mayores problemas que afectaban el Uruguay en los años sesenta fue la creciente inestabilidad económica; la sociedad del bienestar estaba en peligro y el futuro se predecía peor que el presente. No hay nada más angustiante para un pueblo, como subraya Arteaga, que tener un pasado próspero y no tener futuro (Arteaga, 2008, p. 235). En 1966 volvió al poder el *Partido Colorado* interrumpiendo así dos legislaturas del *Partido Nacional*. Todo volvía a ser como antes, o al menos eso parecía. El general Oscar Gestido, hombre absolutamente democrático, austero y buen administrador, obtuvo la presidencia del

⁴ Documento n° 1, carpeta n° 1, serie “*textos de documentos*”, Archivo Campora, CEIU.

gobierno el 1 de marzo de 1967, pero nueve meses más tarde murió de un infarto. Fue sustituido por su vicepresidente, Jorge Pacheco Areco, cuya gestión del poder fue bastante complicada. Tuvo que afrontar la parálisis de la producción, el aumento incontrolado de la inflación, la agitación social, el aumento de las huelgas, las protestas estudiantiles del 68 y las agresiones de los grupos de extrema izquierda entre los que destacaban precisamente los Tupamaros, más allá del surgimiento de organizaciones de la extrema derecha neo-fascista que se dedicaron a perpetrar acciones terroristas.

Desde el inicio, el nuevo presidente quiso presentarse de forma severa y autoritaria a su pueblo y especialmente a la oposición. Hizo cerrar los periódicos *Época* y *El Sol*, declaró ilegítimos el Partido Socialista de Uruguay, la Federación Anarquista y el Movimiento Revolucionario Oriental, aprisionó cerca de 800 militantes sindicalistas, puso fin a la autonomía de la educación primaria y secundaria, y la policía comenzó a utilizar la tortura en sus interrogatorios. Los casos de la guerrilla urbana se incrementaron de manera exponencial desde el momento en que estalló el conflicto social de 1968, “desde entonces y hasta el golpe de Estado de 1973 [...] se daría una estrecha relación entre muchos grupos estudiantiles y algunas organizaciones revolucionarias” (Rey Tristán, 2002, p. 187).

A principio de los años setenta la situación se precipitó. En 1973 Uruguay cayó en una larga dictadura que duró hasta 1985. El surgimiento de la dictadura coincidió con el fin de los Tupamaros, y no con su inicio como muchos piensan equivocadamente. Los tupamaros no lucharon jamás contra el gobierno militar puesto que, en 1973, se encontraban ya en la cárcel o en el extranjero. Sin embargo, se podría ir aún más lejos y considerar propiamente la “guerrilla urbana” como uno de los “actores responsables del golpe”. Estas palabras son del General Liber Seregni fundador del Frente Amplio, un movimiento político, como ya hemos visto, de izquierda. Naturalmente, la derecha liberal está aún más a favor de esta tesis y el que más la sustenta es el ex presidente de la República Julio María Sanguinetti que afirma que “nadie tiene más responsabilidad que los Tupamaros” sobre el golpe de Estado (Lessa, 2005, p. 32).

Creer, sin embargo, que la derrota del MLN esté vinculada únicamente a la llegada de la dictadura sería un error. Habría que añadir el constante trabajo realizado por parte de la policía y, como en el caso italiano, la aparición de traidores e infiltrados que dieron a las fuerzas de seguridad del Estado importante información para poder dismantelar la banda. Si en el caso brigadista es posible individualizar como mayor

delator de la historia de la organización a Patrizio Peci (Della Porta; Rossi, 1984, p. 61), en el caso uruguayo este rol lo cubrió seguramente Amodio Pérez, ambos eran miembros destacados de sendas bandas y por lo tanto, muy conocedores de las entrañas de la organización a la que estaban afiliados.

En Italia los llamamos años de plomo

Ya en 1969, el Colectivo Político Metropolitano, embrión de las Brigadas Rojas, en un documento largo y elaborado, declaraba que el terreno de la lucha tenía que ser “esencialmente urbano”:

La ciudad es ahora el corazón del sistema, el centro organizador de la explotación económica y política [...] Pero también es el punto más débil del sistema: donde las contradicciones son más agudas, donde el caos organizado que caracteriza a la sociedad tardocapitalista aparece de forma más evidente, donde las divisiones políticas se hunden verticalmente a través de todo el tejido de la sociedad [...] es aquí, en su corazón, donde el sistema se ve afectado. La ciudad debe convertirse en el enemigo, para los hombres que ejercen hoy un poder cada vez más hostil y ajeno a los intereses de las masas, un terreno peligroso⁵.

La acción criminal de las Brigadas Rojas se inició en 1970 después de un bienio muy intenso caracterizado por luchas estudiantiles y obreras. Italia era una nación en la cual llevaba gobernando desde hacía más de veinte años la Democracia Cristiana apoyándose en partidos de diversa rama política, pero nunca en el Partido Comunista Italiano. Entre los factores que siempre impidieron un acercamiento entre DC y el PCI, se encontraba el veto no muy disimulado por parte de los Estados Unidos de una coalición de gobierno con participación comunista.

Tras unos años de relativa estabilidad, el termómetro social registró un aumento de la temperatura ya en 1967, cuando se produjeron las primeras tensiones en algunas universidades italianas (Ginsborg, 1989, p. 404); la situación se agudizó un año más tarde, cuando, a raíz de las protestas del Mayo francés, también en Italia comenzaron las ocupaciones de universidades acompañadas por enfrentamientos entre manifestantes y policía. A finales de 1969, durante el período del año que

⁵ Colectivo Político Metropolitano: *Lotta sociale e organizzazione nella metropoli*, número único, enero de 1970.

fue llamado “otoño caliente”, fueron los trabajadores los que salieron a la calle. Luchaban para forzar las negociaciones entre los sindicatos y el gobierno a fin de que los nuevos convenios colectivos fueran más equitativos y favorables que en el pasado.

En una situación cada vez más efervescente y tensa, hubo numerosos episodios de violencia durante las manifestaciones de protesta. Comenzaban así los años de plomo. El 12 de diciembre, en la sede de la Banca de la Agricultura de la plaza Fontana en Milán, explotó una bomba que mató a diecisiete personas e hirió a decenas. Las investigaciones, después de errores iniciales bastante clamorosos, se focalizaron en la extrema derecha confabulada con una parte “desviada” del Servicio Secreto italiano. Demasiado tarde sin embargo, ya que casi todos los imputados tuvieron tiempo de desaparecer y dejar impune uno de los peores atentados de la República Italiana.

Ocho meses más tarde, nacieron las Brigadas Rojas. Este grupo armado de ideología marxista-leninista tuvo desde el principio similitudes con los Tupamaros. Los mismos brigadistas no ahorraron elogios a la formación uruguaya y la consideraron un modelo a seguir (Franceschini, 1991, p. 32). Como hemos ya señalado anteriormente, entre los factores de crecimiento del MLN-Tupamaros hubo repetidos fracasos electorales de la izquierda tradicional de los que una franja de activistas se alejó para dar vida a experiencias más radicales (Labrousse, 2009, p. 16). En Italia ocurrió algo similar. Si los partidos progresistas clásicos como el Partido Socialista Italiano o el Partido Comunista Italiano no tuvieron nada que ver con las Brigadas Rojas, a pesar de que en un principio tardaron (especialmente el Partido Comunista) en condenarlas, es cierto que la mayor parte de los brigadistas procedían de ese mismo “álbum de familia” comunista, tal y como escribió en un famoso y polémico artículo la ex militante del PCI y neo extraparlamentaria Rossana Rossanda en las páginas de *Il Manifesto*⁶.

La frustración debida a la falta de una política revolucionaria por parte del PCI y una insatisfacción por una actitud reformista por parte del partido, generaron una diáspora de aquellos jóvenes que querían cambiar el *statu quo* utilizando maneras más extremistas e inmediatas. No todos los que abandonaron el PCI pasaron a las Brigadas Rojas ni las apoyaron, naturalmente. Fueron más bien pocos. Unos cuantos se adhirieron a la Nueva Izquierda, es decir a aquellas organizaciones extraparlamentarias entre las cuales primaban *Potere Operaio* y *Lotta*

⁶ Rossana Rossanda, “L’album di famiglia”, *Il Manifesto*, 2-IV-1978.

Continua, ambas nacidas en 1969. Estos grupos no tuvieron una vida muy larga. El primero entró en crisis y se disolvió en 1973, a raíz de desacuerdos entre los dos líderes Toni Negri y Franco Piperno, el segundo se derrumbó definitivamente en noviembre de 1976 tras el sonoro revés en las elecciones del 20 de junio en las que la coalición de extrema izquierda logró solo el 1,51% de los votos. Huérfanos también de la extrema izquierda, los militantes más radicales optaron por la lucha armada (Della Porta, 1986, p. 89).

Lógicamente, los motivos por los que un grupo de jóvenes pasó de la política al homicidio se atribuyen en una pequeña medida a las derrotas electorales en estos dos países que estamos analizando. En cuanto a Italia hay que añadir también otros factores. El encanto de la Resistencia antifascista en los últimos compases de la Segunda Guerra Mundial, si bien acompañado por el mito de la “resistencia *traicionada* transmitido de generación en generación en algunos sectores de la sociedad, pero sobre todo en ciertas zonas del país” (Clementi, 2007, p. 8), el anti-fascismo militante, un cierto temor a un posible golpe de estado, pero ante todo una crisis generalizada de valores, especialmente entre los más jóvenes, que aumentó el nivel de violencia en aquellos años y que fue una consecuencia directa de la parte enloquecida del 68.

Estrategia e ideología

Las Brigadas Rojas, durante su historia, escribirían una cantidad muy elevada de comunicados, reivindicaciones, octavillas, folletos. Gracias a un cuidadoso examen de todos estos textos es posible entender el funcionamiento interno de la banda armada, así como su cambio estratégico con el paso del tiempo. Desde uno de los primeros comunicados, publicado en abril de 1971, se explica que las Brigadas Rojas no son un organismo militar, sino que confluyen en ellas una parte militar y otra parte política. En el futuro, una de las prioridades del grupo será precisamente la de dar a luz (sin éxito) el llamado “partido armado”. En este interesante primer escrito, las Brigadas Rojas se autodefinen “grupo de proletarios que han comprendido que para que no les engañen hay que actuar con inteligencia, prudencia y en secreto, es decir, de manera organizada”⁷. La referencia sigue posteriormente en una autoentrevista que las Brigadas se hicieron unos meses más

⁷ *Molti compagni o gruppi della sinistra rivoluzionaria...*, difundido en el mes de abril de 1971, legajo 15, carpeta 2, CDAF.

tarde. En estas páginas, seguramente escritas por Curcio, el ideólogo responde a las preguntas que a su vez se hace imaginando que fueran esos precisamente los puntos más destacados de la organización y de mayor interés para todo el movimiento que lo apoyaba. Se descubre por tanto que entre las alternativas posibles, es decir, la vía reformista, “repetir la experiencia histórica del movimiento obrero” o “unirse a la experiencia revolucionaria metropolitana” las Brigadas no dudaron y escogieron la última solución. Se aclara también, de manera precisa que “los puntos de referencia son el marxismo-leninismo, la revolución cultural china, la experiencia de los movimientos de guerrilla urbana; en una palabra, la tradición científica del movimiento obrero y revolucionario internacional”⁸. Los brigadistas se referían por lo tanto de manera indirecta a los Tupamaros, siendo los principales representantes de la guerrilla urbana en aquella época, mientras que no hay referencias a la revolución cubana.

Los Tupamaros, sin embargo, como era de esperar, estaban provistos de aquel bagaje ideológico castrista y *guevariano*, pero no se inspiraban únicamente por las glorias de la revolución cubana, fueron mucho más allá. Así encontramos entre sus referencias el socialismo, el marxismo y una cierta dosis de nacionalismo *artiguista*, como también fue señalado por el ex tupamaro David Cámpora⁹. No hay que subestimar tampoco el concepto bolivariano de *patria chica* y *patria grande*, que predecía una “América Latina que podía ser una gran nación”¹⁰ y la oposición al imperialismo. Si para los Tupamaros el imperialismo balcanizaba el territorio de Sudamérica, para las Brigadas Rojas era un Imperialismo de las multinacionales, un concepto que aparece a partir de 1975¹¹.

Volviendo a la autoentrevista, también hay espacio para un esbozo de las tácticas a seguir por parte de la red de militantes de las BR. En esta fase, los brigadistas se limitan a decir que, como movimiento revolucionario armado que son, deben ser capaces de “medirse con el poder en todos los niveles (liberar a los presos políticos, ejecutar condenas de muerte contra los crímenes de la policía, expropiar a los capitalistas) y crear un poder alternativo en las fábricas y en los barrios populares”. Por tanto, por una parte el homicidio estaba ya

⁸ Auto entrevista, difundida en septiembre de 1971, legajo 15, carpeta 2, CDAF.

⁹ Entrevista de los autores a David Cámpora, 13 agosto 2010, Montevideo.

¹⁰ Documento n° 5, 1970, carpeta n°3, serie “*textos de documentos*”, Archivo Cámpora, CEIU.

¹¹ *Risoluzione della Direzione Strategica*, abril 1975, legajo 4, fascículo 3, carpeta 23, ISEC, fondo Cerasi.

contemplado, y por otra, el interés prioritario de lucha son las fábricas y en el mundo obrero. También se rechazó la estrategia *foquista*, típica de la casi totalidad de las guerrillas sudamericanas, las cuales prefieren en cambio una lucha armada que debía ser conducida por una organización que fuera una expresión directa del movimiento de clases: las Brigadas Rojas.

Que la lucha armada sea fundamental y sea también la única manera de llegar al poder, lo habían dicho ya unos años antes los Tupamaros. Por lo tanto, descartada “la posibilidad de un tránsito pacífico al poder, la única vía para los socialistas revolucionarios es la lucha armada”. Esto es lo que se lee en el primer comunicado de la organización uruguaya. Un primer escrito importante porque despeja muchas dudas que se pudieran tener sobre el grupo. Se aclara por tanto que “la lucha armada será predominantemente urbana” abandonando de una vez por todas las ambiciones de Sendic de centrar el conflicto en el campo. Por otro lado, la lucha dentro de la ciudad, aunque en apariencia pareciera más complicada respecto a la guerrilla rural, según los Tupamaros no lo es. De hecho, “en la ciudad es posible encontrar refugio”. Sin embargo, en Uruguay no sería concebible una lucha únicamente urbana, por tanto, “la lucha rural será reservada para compromisos auxiliares”, se deberán integrar los dos tipos de lucha.

Si por una parte las Brigadas Rojas se autoproclaman como la vanguardia de la lucha capaz de guiar con sus acciones la sublevación de las masas proletarias (que, de acuerdo con los brigadistas, vendrán como lógica consecuencia a sus acciones armadas), los Tupamaros se ponen en un segundo plano, apoyan y fomentan las “formas espontáneas de violencia de los trabajadores”, se mezclan con las masas. “La tarea de los revolucionarios”, “es por tanto la de apoyar la violencia espontánea” y en el caso de que la violencia no fuera presente “provocarla”. Parecerían dos formas de actuar muy similares, pero no lo son en absoluto. Las Brigadas Rojas son el fundamento de la violencia, los tupamaros fomentan una violencia que en muchos casos ya existe.

Para el MLN no tiene sentido “poner las cuestiones técnico-militares por encima de todo, de manera desproporcionada”, y lo explican en su segundo documento, nacido de la Segunda Convención Nacional en enero de 1968. Se subraya la importancia de mezclarse con las masas en el cuarto documento, donde se dice: “si no contamos con el pueblo deberemos enfrentarnos a los aparatos represivos solos, mano a mano, y perderíamos. Si contamos con el pueblo entonces ellos no tendrán que derrotar al MLN: tendrán que derrotar al pueblo”.

Reglas organizativas y estructura interna

De los comunicados escritos por las dos organizaciones es posible percibir como se estructuraron internamente y cuáles fueron las reglas que se proporcionaron a sus militantes.

Las Brigadas Rojas difundieron en el verano de 1974 un comunicado en el cual venían detalladas todas las reglas logísticas del grupo. En diez puntos se explica todo:

1. *La organización político-militar.* En noviembre de 1970 nace nuestra decisión de proceder en la construcción de una vanguardia proletaria armada [...]
2. *La clandestinidad.* El tema de la clandestinidad se puso en sus términos reales sólo tras el 2 de mayo '72 [Se trata del día en que la policía de Milán descubrió los dos pisos-francos de la calle Boiardo y de la calle Delfico] [...]
3. *El enfoque ofensivo.* El problema de la guerra, de la actualidad de la lucha armada pensada como enfoque proletario de la crisis del régimen, no es un problema de defensa del espacio político amenazado, de “defensa de la democracia”. Al contrario, es un problema de ataque, de lucha armada por el comunismo [...]
4. *Vivir entre las masas.* Nuestra opinión es que la lucha armada por las características históricas y sociales de nuestro país debe ser conducida por una organización que sea una expresión directa de la vanguardia del movimiento de la clase obrera [...] Arraigar la lucha armada en el movimiento quiere decir en primer lugar obligar a la vanguardia del movimiento a practicar directamente la lucha armada. Cada vez más, nuestra iniciativa militar deberá ser conducida junto con el pueblo [...]

En realidad sabemos que las Brigadas Rojas casi nunca informaron al pueblo ni lo hicieron partícipe de sus iniciativas. Por otra parte, éste no era propenso a la revolución tal y como creían las Brigadas Rojas.

5. *Las columnas.* Nuestra decisión estratégica de desarrollar la organización por polos implica desde un punto de vista organizativo un proceso análogo de crecimiento por columnas. La columna es la unidad organizativa mínima que refleja, sintetiza y media internamente tanto la complejidad del polo y de sus tensiones como la complejidad de la organización [...] Las columnas son unidades político-militares globales [...] Desde un punto de vista político se centralizan a través de la dirección estratégica y a través de los frentes. Desde un punto

de vista organizativo, son independientes y por tanto cuentan con su propio aparato. La formación de nuevas columnas debe ser hecha por partenogénesis y no por la agregación de nuevos elementos [...]

6. *La compartimentación*. Es uno de los principios fundamentales de la seguridad de nuestra organización [...] Es necesario recordar sin embargo, que incluso la estructura mejor compartimentada no se sostendría por mucho tiempo sin una discreción real de los militantes. La discreción en otros términos es una regla de conducta fundamental para un guerrillero urbano [...]
7. *Los frentes*. Fueron contruidos para satisfacer las necesidades de elaboración de las organizaciones de lucha en sectores políticos específicos (por ejemplo, las grandes fábricas, contrarrevolución) [...] Los frentes cortan y recorren la organización verticalmente [...] Los frentes a mejorar en esta etapa son tres: el frente de las grandes fábricas, el frente de lucha contrarrevolucionaria, y el frente logístico [...]
8. *Las fuerzas regulares y las fuerzas irregulares*. Las fuerzas regulares se componen de los cuadros más conscientes y disponibles que la lucha armada ha producido. Éstas son completamente clandestinas y los militantes que las componen han cortado todo tipo de vínculos con la legalidad [...] Las fuerzas irregulares [mantienen] una clandestinidad organizativa, pero no personal [...]

Se trata en la práctica, de aquellos militantes que tienen el deber de hacer proselitismo y por esta razón no pueden pasar a la clandestinidad, sino que deben mezclarse cada vez más con el proletariado.

Se sigue con la descripción de las estructuras organizativas más importantes de las Brigadas Rojas:

9. *La Dirección Estratégica*. Se impone una redefinición y una ampliación del cuadro dirigente global de la organización. Se propone por lo tanto a los compañeros la formación de un consejo revolucionario que recoja y represente todas las tensiones y las energías maduras en los frentes, en las columnas y en las fuerzas irregulares. Este consejo deberá ser la máxima autoridad de las BR. A este consejo se le reconocerá la función indiscutible de la dirección estratégica de la organización. Será también responsable de formular la orientación general y la línea política de la organización [...]
10. *El Comité Ejecutivo*. El CE tiene la tarea de dirigir y coordinar la actividad del frente y de las columnas [...] deberán estar representados los tres frentes de tal manera que se permita una

eficaz centralización de la información [...] Todas las acciones militares deberán ser aprobadas por la CE [...] El CE tiene también la responsabilidad de la administración de los bienes y del patrimonio de la organización [...]

Algunos de los principios establecidos en este largo comunicado de las Brigadas Rojas estuvieron también presentes en las publicaciones teóricas de los Tupamaros. La compartimentación, por ejemplo, es un factor inevitable para quien ha escogido la lucha armada¹². La clandestinidad, a pesar de ser un punto vigente en el Reglamento de la Organización de 1966¹³, era más complicada de implementar tratándose de una guerrilla metropolitana dentro de una ciudad no demasiado grande como Montevideo, de un millón y medio de habitantes, y en un Estado que tenía un total de menos de tres millones. Desaparecer en una situación de ese tiepo era casi imposible. Para los brigadistas era indudablemente más fácil, ya que la mayoría de ellos no había nacido en la ciudad en la que operaban.

Las columnas de los tupamaros son, al principio, las células formadas por no más de cuatro o cinco miembros. Éstas no tenían ninguna conexión entre sí, pero interactuaban a través del Comité Ejecutivo, presente también en los Tupamaros. Más tarde, en enero de 1969, se habla por primera vez de columnas en el cuarto documento en el cual se dice que:

La columna es una unidad orgánica político-militar que reúne en sí misma las posibilidades (todas) de autonomía (servicios, grupos de acción, agitadores, infraestructura, periferia, etc.)¹⁴.

Desde el momento en que la columna fue considerada una especie de mini-organización, tenía que desarrollar los tres trabajos fundamentales del grupo: el político, el militar y el de servicios. El sector político se encargaba de la propaganda y del reclutamiento de nuevos adeptos, el sector militar tenía la tarea de ejercitarse en el uso de las armas y utilizarlas en caso de necesidad, el sector servicios fue aquel que se encargaba de la logística¹⁵.

¹² *Tupamaros y gobierno, dos poderes en pugna*, setiembre 1970, serie “*textos de documentos*”, legajo “*seguridad*”, Archivo Campora, CEIU.

¹³ *Reglamento de la Organización*, enero de 1966, cartella 15/c, Archivo AP, CEIU.

¹⁴ Documento n° 4, enero de 1969, carpeta n° 2, serie “*textos de documentos*”, Archivo Campora, CEIU.

¹⁵ *Ibidem*.

Además de los militantes regulares, también en los Tupamaros se encontraban los irregulares. Estos formaban parte de las células periféricas y se dedicaban a la propaganda, a la información y al apoyo logístico. La máxima autoridad era la Convención Nacional, en la que debían estar representados todos los militantes de la organización y que era responsable de tomar las decisiones más importantes como el nombramiento del Comité Ejecutivo, la modificación del Reglamento, etc.

Tanto el MLN como las Brigadas Rojas difundieron un documento en el que se aclaraban las normas de seguridad y el funcionamiento de la organización. Comencemos con las Brigadas Rojas.

La casa era considerada como un “bien de la organización cedida en donación al militante”. “Cada casa” tenía que “ser frecuentada exclusivamente por los militantes” que allí vivían, para evitar que todo el mundo conociera la dirección de todos. El inquilino de la casa no debía tener una vida ociosa, sino “construirse una figura social bien definida”. Así, se elegía un trabajo y se fingía estar ocupados todo el día en aquella actividad. Esto implicaba que el militante debía despertarse cada día a la misma hora, vestirse de manera adecuada al trabajo elegido, salir de casa y volver al final del día. Si por alguna razón, decidía quedarse en casa todo el día, no debía hacer ningún tipo de ruido, ni siquiera tirar de la cadena, para no despertar la mínima sospecha entre los vecinos. La elección de la casa no era fácil. Se evitaban alojamientos cercanos a bares, lugares públicos de diverso género como tiendas, institutos, almacenes; el propietario de la casa no debía vivir en el mismo edificio y era preferible comprar en lugar de alquilar, de esta manera se evitaba entrar en contacto con el propietario cada mes para el cobro del alquiler. La casa debía ser “proletaria, modesta, limpia, ordenada y completamente amueblada con lo necesario”. El material de la organización debía ser conservado en “maletas listas para una fuga rápida”. La compra no se hacía en el barrio en el que se vivía, tampoco se adquirían allí los periódicos; ni siquiera era posible ir al bar o restaurante más cercano a la casa por temor a ser identificados.

El coche era otro bien que la organización daba en donación al militante. Tenía que ser “mantenido en perfecta eficiencia”, limpio, ordenado, y no se debía prestar a nadie. En caso de accidente, si se trataba de algo leve era “mejor asumir la responsabilidad del hecho, y eventualmente, pagar”. Si el accidente era grave, entonces era necesario huir, abandonando el vehículo recogiendo los documentos. Al viajar era importante “evitar cada ocasión de conflicto” y “conducir con extrema prudencia”.

Había que respetar las citas. Para encontrarse con otro miembro de la banda había que elegir un lugar controlable y fácil de evacuar. Cada compañero tenía el deber de vestirse de manera decorosa con barba y con el cabello regularmente cortado. No hacía falta tener escritos los números de teléfono. Cada militante debía llevar consigo su propia arma. En caso de detención el comportamiento debía ser el de negarse a contestar a las eventuales preguntas de la policía y declararse preso político (Tessandori, 2004, p. 395-400).

Por último, en la segunda Resolución de la Dirección Estratégica de noviembre de 1975 las Brigadas Rojas se aproximan de manera directa a los Tupamaros, citándoles y elogiando sus tácticas de “reserva”, es decir, el “no arriesgar nunca la totalidad de las fuerzas disponibles”. Se habla también de la manera de reclutar a nuevos militantes, un tema delicado sobre todo después del descubrimiento de las primeras infiltraciones y las primeras traiciones (Silvano Girotto y Marco Pisetta, sólo por nombrar dos ejemplos). Se especifica que en la organización se entra “sólo desde abajo, sea cual sea el curriculum de los militantes”. El nuevo candidato debía demostrar una “preparación política, conocer y compartir por tanto las estrategias, el programa político y los principios de la organización”, y una preparación “militar”, es decir, ponerse a disposición de la lucha armada y, tras un análisis de su pasado, no presentar “zonas de sombra” ser por tanto una persona en la cual se puede confiar (Ruggiero, 2007, p. 378).

Pasemos a los Tupamaros. De 1968 en adelante, es decir, desde que la organización comenzaba a crecer y a sufrir los primeros golpes por parte de la policía, era imprescindible un aumento de la seguridad interna, una autodisciplina sin la cual la organización hubiera tenido una vida breve. Ya en una circular de ese mismo año se explicitaba este temor a una poca seriedad por parte de algunos militantes, sobre todo de los recién llegados por “falta de discreción”. Se subrayaban los peligros que se podían acarrear dentro del grupo si no se mantenía una firme compartimentación¹⁶. Este concepto es reiterado en el boletín *Seguridad*, del mismo año 1968, en el cual se declaraba que los peligros para la organización venían de posibles infiltrados y de lo que un militante detenido podría haber dicho bajo tortura (nótese como no se habla jamás de tortura en los comunicados de las Brigadas Rojas, al menos hasta el fin del secuestro del general americano Dozier en 1981). Para evitar

¹⁶ Circular n° 3, 1968, carpeta n° 4, serie “*textos de documentos*”, legajo 0520, Archivo Campora, CEIU.

estos peligros, la única opción era la de limitar el conocimiento que cada miembro tenía de la organización. Cada Tupamaro debía saber lo estrictamente necesario para su funcionamiento dentro del grupo. Cuanto menos conocía, menos peligrosa podía resultar su detención para el resto de la organización.

En el documento se analizan las comunicaciones entre los Tupamaros. Se dividen en impersonales y personales. Las primeras son aquellas que tienen lugar a través del teléfono, las cartas, los walkie talkie. El teléfono y las cartas son peligrosos porque pueden ser fácilmente interceptados por la policía, los walkie talkies son útiles durante una operación, pero poco eficaces en situaciones normales porque están demasiado sujetos a interferencias. Se propone el método de los “buzones”, es decir, un lugar predefinido en el que sea posible depositar un comunicado que seguidamente será retirado por un compañero. Los lugares pueden ser muchos (árboles, pozos, baños, etc.) y deben atenerse a dos características imprescindibles: “la imposibilidad de ser descubiertos de manera accidental, y la facilidad de ser utilizados sin llamar la atención”.

Las comunicaciones personales, es decir, aquellas directas entre los miembros del grupo, debían producirse en lugares “no contaminados por la represión”, era necesario presentarse a la cita vestidos de manera apropiada (no ir por tanto a una los bares vestidos de manera demasiado elegante), no repetir las citas siempre en los mismos lugares, llevar una señal de alarma, comportarse de manera natural, ser puntual. En el caso en el que el militante se diera cuenta de que estaba siendo seguido debía abandonar todo el material del MLN que tenía consigo y permanecer “congelado”, es decir, no presentarse a la cita y por un cierto período hacer vida fuera de la organización. En caso de que fuese imposible presentarse a la cita se debía actuar de una de estas dos maneras: “automática” (se establecía una cita en el mismo lugar a la misma hora durante un número determinado de días sucesivos), o “recule” (en el mismo lugar pero una hora y media después de la cita fijada).

También la casa es sujeto de análisis. Tenía que ser un chalé y no un apartamento, tenía que tener un garaje. Luego están los locales (bares, restaurantes, pequeñas tiendas, etc.), usados como cobertura y accesos para el depósito de armas o de propaganda de los Tupamaros. En estos lugares era fundamental la existencia de escotillas o escondites secretos en los cuales poder ocultar todo el material. Su ubicación debía ser conocida sólo por el responsable del local y no por aquellos que lo frecuentaban. Si un militante que conocía el local era arrestado se

procedía inmediatamente a su abandono, no antes de haberlo “limpiado” de todo el material de la organización¹⁷.

Las similitudes entre los dos grupos por tanto no faltan. Es evidente que fueron las Brigadas Rojas las que se inspiraron en los Tupamaros y no a la inversa, en el momento en el que, como hemos subrayado repetidamente en este artículo, en 1973 la banda uruguaya había desaparecido casi por completo y el país estaba a punto de caer en una larga dictadura. En Italia en cambio, los brigadistas en ese periodo se encontraban en su etapa inicial, estaban estructurando la organización y es evidente que la experiencia del MLN les ayudó, al menos desde el punto de vista organizativo e ideológico, posteriormente los caminos de los dos grupos se dividieron puesto que en cada país había una coyuntura que no se podía prever y debía ser tratada de manera diferente.

Referencias

- ALDRIGHI, Clara. *Memorias de insurgencia*. Historia de vida y militancia en el MLN-Tupamaros. 1965-1975. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2009. p. 456.
- ARTEAGA, Juan José. *Breve historia contemporánea del Uruguay*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008. p. 358.
- CLEMENTI, Marco. *Storia delle Brigate Rosse*. Roma: Odradek, 2007. p. 416.
- DELLA PORTA, Donatella; ROSSI, Federico. *Cifre crudeli*. Bolonia: Estudios e investigación Carlo Cattaneo, 1984. p. 76.
- DELLA PORTA, Donatella. *Movimenti collettivi e sistema politico in Italia*. Bari: Laterza, 1996. p. 254.
- FRANCESCHINI, Alberto. *Mara, Renato ed io*. Storia dei fondatori delle BR. Milán: Mondadori, 1991. p. 227.
- GARCÉ, Adolfo. *Donde hubo fuego*. Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2009. p. 254.
- GINSBORG, Paul. *Storia d'Italia dal dopoguerra a oggi*. Turín: Einaudi, 1989. p. 370.
- JACOB, Raul. *Benito Nardone, el ruralismo hacia el poder (1945-1958)*. Montevideo: Banda Oriental, 1981. p. 187.
- LABROUSSE, Alain. *Una historia de los Tupamaros*. Montevideo: Fin de Siglo, 2009. p. 330.
- LESSA, Alfonso. *La revolución imposible*. Montevideo: Fin de Siglo, 2005. p. 431.
- REY TRISTÁN, Eduardo. *A la vuelta de la esquina*. La izquierda revolucionaria uruguaya (1955-1973). Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2005. p. 463.
- REY TRISTÁN, Eduardo. Movilización estudiantil e izquierda revolucionaria en el Uruguay (1968-1973). *Revista Complutense de Historia de América*, v. 28, 2002.

¹⁷ *Seguridad*, 1968, cartella 1/b, serie “textos de documentos”, faldone “seguridad”, Archivo Campora, CEIU.

ROSENCOF, Mauricio. *La rebelión de los cañeros*. Montevideo: Aportes, 1969. p. 125.

RUGGIERO, Lorenzo. *Dossier Brigate Rosse, 1969-1975*. Milán: Kaos Edizioni, 2007. p. 419.

SANGUINETTI, Julio María. *La agonía de una democracia: proceso de la caída de las instituciones en el Uruguay (1963-1973)*. Montevideo: Taurus, 2008. p. 376.

TAGLIAFERRO, Gerardo. *Fernández Huidobro: de las armas a las urnas*. Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2004. p. 233.

TESSANDORI, Vincenzo. *BR. Imputazione: banda armata*. Milán: Baldini e Castoldi Dalai, 2004. p. 423.

Submetido em: 25/10/2012

Aprovado em: 05/11/2012